

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO PREMIO JOSÉ NUEZ MARTÍN

EGON WOLF

La concesión de este premio ha despertado en mí una serie de interrogantes, que la nebulosa del correr del tiempo, en todo lo transcurrido hasta ahora, en el lento destilar de una obra escrita tras otra a lo largo de mi vida, no me permite responder fácilmente. De modo que puesto, hoy, ante la prueba de tener que formular una explicación, me encuentro de algún modo trabado y con la aturdidora sensación de ser objeto de una suerte de encantamiento. Un hechizo indescifrable, como si me hubiera tocado súbitamente una vara mágica, dejándome con una sensación muy pariente del susto. Y las preguntas gotean inexorablemente de mi mente. ¿Qué es lo que he hecho, para merecer esto que hoy me emociona? ¿Es este el resultado de lo que no ha sido otra cosa que una serie interrumpida de decisiones tomadas casi inconscientemente, casi como un acto reflejo, de sentarme tantas mañanas febriles ante mi máquina, a dejar que me acosaran mis obsesiones para ver si desde ellas era capaz de elaborar algo plausible, algo que tuviera sentido y que fuera fiel testimonio de mis inquietudes y que me permitieran hacer contacto con mi público?

Las interrogantes que lo acosan a uno en momentos como éste son varias y de muy difícil respuesta. ¿Qué es lo que lo impulsa a uno a escribir? ¿Un mandato de la sangre? ¿Una misión de alguna apremiante herencia impuesta? ¿Un aporte de extrañas biografías humanas, venidas, en mi caso, de nórdicas estepas cruzadas por inmóviles ríos de hielo y congelados bosques de abedules, infiltradas en mi sangre y en mi memoria familiar? ¿O es quizás una lacerante realidad de soles cálidos, de polvos, de montañas, de esperanzas y frustraciones, de sueños y carencias, que han despertado mis emociones y de los cuales he querido dejar lúcido testimonio? ¿Una necesidad de trascender? ¿O simple vanidad, tal vez? Tal vez es todo eso confusamente entreverado en mi cabeza, que cual calidoscopio enloquecido se sintiera impulsado a lanzar afuera todo ese material de que está compuesto, tal vez un poco para aliviar la presión.

Lo que estoy cierto es que hoy, al menos, me siento comprometido a realizar someramente una autoexploración de mi propio trabajo, para poder desentrañar de todo lo que he escrito las respuestas de por qué he escrito justo eso y de esa manera, y no otra cosa.

Desde luego está mi padre, prusiano de severa impronta, criado en el rigor de una historia áspera y, como consecuencia, con una austera visión de la vida. Y está mi madre, con la eterna generosidad de su regazo. Con la magia de sus manos tan activas, que cobijaron mi niñez con tantas cosas amorosas fabricadas por ella. Está el orden claustral de mi casa, donde la disciplina se instalaba como norma de vida. Están también las sabias palabras expresadas por mi progenitor a través de la mesa familiar y que, a la luz de los comentarios y los análisis que provocaban las noticias del día, de una época especialmente agitada y turbulenta, me invitaban a leer siempre lo que no estaba escrito, a leer entre líneas como decía él, porque según su opinión, era ahí donde se ocultaban los verdaderos móviles de la historia y no en las palabras que los hombres suelen malgastar. Me inducía él a respetar la propia palabra dicha y hacerme responsable de ella. A no dejar de pensar en la razón del otro para acceder al justo equilibrio de la razón. A no emitir opiniones fáciles y poco meditadas que hirieran a terceros. A no creer en las ilusiones de los hombres, si no estaban respaldadas por la seriedad de las intenciones y la disponibilidad de los recursos. En fin, un cúmulo de éticas recomendaciones imposibles de desconocer y a las que siempre he tratado de dar fiel cumplimiento, pero las que también me han llenado de dudas, es decir, si yo, mal que mal hijo de mi época, más transaccional, más conciliadora, más permeable, iría a tener la fortaleza necesaria de poder resistir las tentaciones de un mundo menos grave, más ligero, más al alcance de la mano.

Equipado con esos encargos partí en mi vida de escritor, y tuve que irme abriendo paso en una maraña de acontecimientos históricos, nacionales e internacionales, que han marcado la impronta del siglo recién pasado y que a todos nos han traído de los pelos, sacudiéndonos a veces, e impulsándonos a tener que tomar difíciles decisiones en una realidad que, a ratos, nos parecía absolutamente insana por lo errática y antojadiza.

Sin duda no ha sido una época fácil. Grandes cambios históricos, políticos y culturales han pasado como una tormenta sobre la tierra de los hombres. Época de ilusiones que quisieron imponerse a la fuerza. De sin razones dramáticas que han traído mucha desgracia y mucho dolor a millones de seres. Época de delirantes profetas del cambio que han pasado, arrastrando estelas de sangre y que también en Chile han dejado sus resacas. Época en que de una cultura de la tierra pasamos a una cultura del cemento y de las grandes migraciones. En que la máquina se instaló en nuestro cerebro. En que se alteró la dulce monotonía del campo de nuestros antepasados y tuvimos que acomodarnos a un panorama de calles inorgánicas, de ciudades duras, de estruendos que desquician nuestro frágil aparato mental. La realidad se ha vuelto inaprensible para el hombre corriente que aún lleva en su constitución la marca de

una vida tranquila, apenas algunas generaciones atrás. Y eso nos ha alterado hasta un grado que a veces parece demencial y que nos dificulta ser humanos a la manera como nos enseñó la tradición de la cual provenimos.

El teatro, escenario situado en medio de la vida, es obvio, tampoco no ha sido ajeno a todo ello. También en él hemos debido evolucionar a brincos, para estar a la altura de las exigencias de las nuevas culturas que germinaron a la luz de las transformaciones. Fuimos testigos de la aparición y luego la casi inmediata extinción de muchos estilos y modos diferentes de hacer las cosas artísticas, y que en su momento, les parecieron el *sumun* de la novedad a sus cultores ocasionales. Cada uno de ellos fue dejando, sin embargo, un residuo de aguas madres servidas, que han enriquecido el espectro de los recursos disponibles para crear nuevas cosas, pero que también nos han inducido a pensar que, dado el cúmulo de todo lo creado y puesto en vitrina para el consumo de espectadores ávidos de novedad, pocas cosas quedan, en verdad, que no han sido probadas ya. Difícil se hace, por lo tanto, cumplir con la exigencia impuesta por la crítica especializada, y que los creadores aceptan generalmente con temerosa disponibilidad, y que es la obligación de ser o parecer antes que nada original, en el diseño de la cosa creada. Atributo que es bueno en sí, aunque nunca tanto como para constituirse en la prioridad número uno del producto artístico como parece serlo hoy día, porque, por un lado, no responde a otra cosa que a una necesidad de satisfacer hastíos culturales de una crítica indigesta de intelectualidad, a quien ya nada logra estremecer, y por otra, y eso es más grave, porque nos induce a crear productos artísticos cada vez más alejados de la sana matriz original del arte, que a la postre no es otra cosa que la simple y desnuda vida. Dictados impuestos y autoimpuestos, que al ser obedecidos, terminan hipotecando el fondo por la forma, en un facilismo que tiene poco rigor y a veces sólo hueca espectacularidad.

No hemos estado ajenos a eso en Chile. También aquí nos recorre la fiebre que quiere ser calmada. Como decía, han pasado por aquí todas las tendencias que una resaca cultural venida de otras tierras ha ido derramando en nuestras costas. Hemos explorado el teatro grupal y de creación colectiva, la protesta política antepuesta como axioma, el magisterio teatral, las obras de prédica, el funambulismo, la espectacularidad como condición frontal, el hipertecnicismo, la farándula, el directismo como la nueva religión, y también, porque no decirlo, y a modo de compensación, y como escurriéndose subrepticamente en medio de la profusa oferta teatral puesta en disposición del público, el bueno y el antiguo y vetusto y complaciente y probado teatro de personajes y conflictos razonables y reconocibles, vertidos en una fluida secuencia de causas y efectos, que convencen nuestra inteligencia emocional y nos constituyen en seres sensibles.

Todo eso lo hemos visto en Chile y dentro de ese mar agitado y variado hemos debido navegar todos los que escribimos para el teatro chileno, debiendo resolver cada uno de nosotros, en cada momento, cuál mandato cumplir, si sólo entretener a un público para ayudarlo a suicidar su tiempo, o a aspirar a algo más, es decir, a tratar de compartir con él la luz del entendimiento.

A ese respecto tengo una opinión, un punto de partida, que marca todo mi teatro y es que el público en general percibe mucho más de lo que confiesa percibir, o de lo que una intelectualidad algo ligera de juicios le concede. Advierto una intuición viva, una trepidación de ideas que circula por ahí en el anonimato de las salas a oscuras, y que está siempre abierta a las grandes interrogantes del saber, más que nada porque necesita ser nutrida de información. No le temo a eso, a pesar de tantas opiniones contrarias que circulan por ahí y que a mi entender le faltan el respeto al público. Parto de esa suposición, porque de otro modo no me interesa escribir. Creo firmemente que la labor de un escritor es abrir puertas que, por una razón u otra razón permanecen cerradas, pero que al aliento de un texto con luz de verdad se abren hacia aquellos espacios donde el saber intuitivo ha permanecido dormido, iluminándolos de pronto con un nuevo resplandor. Creo que ése y no otro es el secreto de la comunicación y a él he procurado dedicarme. Hay desilusiones, claro. Hay aquellos momentos en que uno se encuentra con opiniones que quisiera olvidar, pero eso no nos debe amilanar. Lo tengo claro. Escribo para un público que quiere compartir, y en eso, a Dios gracias, he tenido muchos momentos de gratificación.

Ahora, ¿cuáles son los motivos que me inquietan? Sin duda, como han señalado algunas personas que me han estudiado, básicamente me interesa escribir sobre la culpa. Al respecto, a pesar del sentido ontológico de la culpa con la cual todos parecemos nacer y que es un distintivo insoslayable de nuestra condición de seres conscientes, percibo los desajustes en la estructuración de la sociedad, de la cual tantos sufren, pero que también incomodan a tantos de aquellos que los ocasionan. Se desespera uno a veces de ver a tanta gente viviendo erróneamente, diseñando para sí mismo una vida mezquina y descargando consecuentemente sobre otros el malestar que esa decisión le induce, ejerciendo un poder injusto y poco razonado que ignora y atropella. Todo eso me llena de angustia y me induce a ir corriendo a la máquina de escribir. Básicamente me interesa involucrarme con la inocencia herida, con el desamparo anónimo de los desvalidos, con la soledad de los mansos. En fin, me impulsa el afán de ver una sociedad más justa, menos premiosa, más llevadera y eso me alienta a seguir en cada proyecto que inicie.

En resumen me parece a ratos vivir en una sociedad inverosímil, donde se pervierte el sentido del sentido. Donde hay mucha furia y mucho ruido en

las cosas que hacemos, parodiando lo dicho por Ionesco, pero parecen hechas en verdad por locos, que ignoran o quisieran ignorar que lo hecho, en una suerte de circularidad repetitiva, lleva en sí la semilla de su propia destrucción. Lo que debería inducirnos a la mansedumbre y a la paciencia, pero no lo hace. Basta ver la historia, para ver cómo todo comienza y termina al mismo tiempo aunque en su curso haya levantado mucha polvareda. Esa certeza mareadora también permeabiliza el teatro. El que todo vuelva a comenzar, permanentemente, repetitivamente.

Todo esto que he dicho incluye también una suerte de autoterapia. Un diagnóstico sin tratamiento. Una manera de arreglarse uno consigo mismo también y explicarse la vida, si es que se puede, para evitar de caer siempre en el mismo error. Porque me pregunto: ¿quién es uno finalmente como escritor? ¿Un simple veedor de la vida que otros viven, reales o imaginarios? ¿Un *voyeur* del conflicto ajeno, sentado en una platea con un escalpelo en mano? No lo creo. Casi me repugna la idea. Tengo un afán que quisiera que fuera modesto, y que me hace ver en mí los mismos desajustes que pretendo denunciar con lo que escribo. Me siento sumido en el mundo y quisiera trascenderlo, pero no puedo. Un ancla humana me ata a la vida. Por eso pienso que uno debe ser muy modesto al escribir, porque en verdad nadie está sobre nada. Sólo estamos en medio de todo, sobreviviendo junto a otros, braceando a veces, desesperadamente. Lo único que no podemos hacer es mentir ni mentirnos, porque siempre hay alguien que nos escucha y a quien podemos influir, y eso nos debería llenar de un precioso pavor. Digo todo esto porque no me cabe duda que Alguien nos nutre de nuestras palabras y nos observa qué estamos haciendo con ellas, desde muy arriba, desde muy lejos.

Gracias a todos los que me han considerado merecedor de esta distinción, que me compromete. Sinceramente. Ojalá siempre pueda estar a la altura de la responsabilidad que esto vierte sobre mí.

Escribí **Encrucijada** teniendo presente muchas de estas cosas. Quise hacer con mi escrito una obra cordial. Dos seres sometidos a una terrible prueba cada uno de ellos, se conocen, se encuentran y aprenden a importarse. Es todo. Con esa cosa simple en la mano viene después la alegría del reconocimiento, la seducción de irse explorando, el encanto de ir descubriendo emociones comunes. Procuré explorar en cada uno de ellos y en cada uno de los antecedentes personales de los cuales están constituidos, partiendo de mi vieja premisa creativa, de fundamentar primero, sólidamente, como una roca dura, toda la materia humana de que están constituidos los personajes, para que la revelación de su verdad en el enfrentamiento de sus pasiones se haga plenamente consciente en el espectador y pueda comprometer, así, su emoción. Digo esto porque pienso que, en última instancia, la tarea del dramaturgo es crear

un mayor grado de conciencia en el espectador de los términos precisos en que se ha planteado el conflicto. Sólo entonces funciona la empatía y la iluminación de la inteligencia, condición primaria de la eficacia teatral, y no, como se estila hoy, en presentar sólo la periferia abstracta de personajes en embrión, congelados en su mecánico determinismo, sin crecimiento ni posibilidad de desarrollo.

No es más. Es todo lo que procuré hacer. Por otra parte, con esta obra quise recuperar algo que perdí hace algún tiempo. Una armonía personal que se me desquició. Una simetría que se me volvió violenta. Creo que muy dentro, muy calladamente, en una pequeña célula muy íntima de mi vida, lo conseguí y estoy contento. Más aún ahora, que me lo confirma esta generosidad de ustedes. ¡Muchas Gracias!